

# LAS LENGUAS DE EUROPA EN LA PREHISTORIA

Francisco Villar Liébana<sup>1</sup>  
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

“[...] la ciencia es muy conservadora: estamos siempre poniendo a prueba nuestras ideas, pero cuando una lo pone todo patas arriba, somos escépticos”.


BRIAN SCHMIDT<sup>2</sup>

**Resumen:** La hidro-toponimia prehistórica revela la existencia de estratos indoeuropeos muy antiguos (arqueo-variedades) que datan del Mesolítico y el Neolítico y que son anteriores a la presencia de las lenguas no-indoeuropeas históricamente atestiguadas en la Península Ibérica.

**Palabras clave:** indoeuropeo, Mesolítico, Neolítico, genética de poblaciones, hidronimia, toponimia.

**Abstract:** The prehistoric river names and place names suggests the existence of Mesolithic and Neolithic dialects of the Indo-European family of languages. The presence of these archaeo-dialects in Iberia precedes the arrival of non-Indo-European historical languages.

**Keywords:** Indo-European, Mesolithic, Neolithic, population genetics, river-names, place-names.

  
**L**a historia de una lengua cualquiera comienza cuando se pone por vez primera por escrito. En Europa Occidental eso tuvo lugar con frecuencia tras la conquista romana, aunque en algunos enclaves privilegiados ya existía previamente algún tipo de escritura. Tal ocurre sobre todo en la Península Ibérica, Francia e Italia. Con anterioridad a los primeros textos escritos la identificación etno-lingüística de los habitantes prehistóricos de cualquier zona discurre por el terreno de la especulación y la conjetura.

Por ese incierto sendero se mueven cuestiones capitales para la Prehistoria de Europa en general y de la Península Ibérica en particular. Tales son la cronología de la indoeuropeización de nuestro continente, la

---

<sup>1</sup> Francisco Villar Liébana, catedrático de Lingüística Indoeuropea en la Universidad de Salamanca durante más de treinta años, es autor de numerosos libros y artículos en revistas científicas. Sus líneas de investigación han sido la morfología y fonética indoeuropeas, la Tipología Lingüística, la Paleohispanística, la toponimia prehistórica y la correlación entre genes y lenguas en las etapas prehistóricas en la Península Ibérica así como en Europa y Asia Suroccidental. Entre sus obras podemos mencionar *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa* (Gredos, Madrid 1996<sup>2</sup>), *Estudios de celtibérico y de toponimia prerromana* (Ediciones Universidad de Salamanca 1995), *Indoeuropeos y no-indoeuropeos en la Península Ibérica* (Ediciones Universidad de Salamanca 2000), *Lenguas genes y culturas en la Prehistoria de Europa y Asia Suroccidental* (Ediciones Universidad de Salamanca 2011, junto con otros tres colaboradores), *Indoeuropeos, iberos, vascos y sus parientes* (Ediciones Universidad de Salamanca 2014).

<sup>2</sup> SMITH, B. “Lo que Einstein llamó su mayor error, sería mi mayor hallazgo”, *El país*, 26/04/2013.  
<[http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/04/26/actualidad/1367001162\\_823234.html](http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/04/26/actualidad/1367001162_823234.html)>

identidad etno-lingüística de sus habitantes en cualquier etapa anterior a la Edad de los Metales, el origen del euskera, la cronología de su presencia en la Península Ibérica, y un largo etcétera.

A pesar de la naturaleza conjetural de cualquier respuesta a esas cuestiones, existe en la actualidad una doctrina estándar que para la mayoría de los indoeuropeístas, que son por definición lingüistas, funciona como un verdadero paradigma en el sentido kuhneano del término<sup>3</sup>. La resumiré en los siguientes puntos:

1. Hasta 2500 a. C. los indoeuropeos constituían un pueblo de tamaño limitado, ubicado en el Norte de Alemania y Sur de Escandinavia.
2. Poco después de esa fecha, en plena Edad de los Metales, sin que sepamos por qué, se habrían puesto en movimiento en *oleadas migratorias* hasta alcanzar por una parte el Sur de Europa hasta el Mediterráneo y por otra Asia Suroccidental hasta el Noroeste de la India.
3. Hasta la fecha de las migraciones los indoeuropeos habrían hablado una lengua unitaria cuya escisión dialectal habría dado lugar después de las migraciones a las numerosas lenguas indoeuropeas históricas: itálico, celta, germánico, báltico, eslavo, anatolio, indo-iranio, tocario, armenio y una larguísima ringlera de otras de testimonio fragmentario.
4. La lengua común indoeuropea (*Ursprache*) carecería de parientes conocidos. Tras su expansión por los dos continentes se habría transformado en una riquísima familia de lenguas. Pero antes de las migraciones, cuando se mantenía reducida a su ubicación ancestral (*Urheimat*) era en realidad una lengua aislada, es decir: no pertenecía a ninguna familia lingüística que tuviera otros miembros emparentados entre sí cuyo origen y lugar de procedencia se pudiera rastrear.

---

<sup>3</sup> KUHN [2005].

Este acervo de creencias arraigó tan firmemente que, a pesar de ser una mera conjetura, ha operado como una verdad averiguada durante casi todo el siglo XX y en buena medida continúa haciéndolo en lo que llevamos de siglo XXI. Los indoeuropeístas, convencidos de que los aspectos históricos o, mejor, prehistóricos de la indoeuropeidad estaban definitivamente averiguados, dejaron ampliamente de ocuparse de ellos para incidir en los aspectos meramente lingüísticos en la reconstrucción de la protolengua, cuando no en cuestiones estrictamente filológicas o literarias de las diferentes ramas históricas de la familia indoeuropea.

No han faltado, sin embargo, críticas a ese paradigma ni propuestas alternativas, procedentes generalmente del campo de la Arqueología, secundadas por algunos lingüistas de tendencias minoritarias. A partir de mediados del s. XX se fue imponiendo entre los arqueólogos la tendencia a rechazar la existencia de migraciones en la Edad de los Metales, de las que no se encuentran pruebas en los registros arqueológicos. Con la llegada de la Genética de Poblaciones esa tendencia se ha visto corroborada por esa otra ciencia que opera con datos nuevos y ajenos a la Arqueología, de manera que la confluencia de ambas hacen inviable cualquier recurso a migraciones o a cualquier otra modalidad de grandes desplazamientos de población en la Edad de los Metales para explicar el problema indoeuropeo.

Las principales propuestas alternativas son las siguientes:

1. *Teoría de los kurganes*. Aunque con precedentes más antiguos, fue popularizada por la arqueóloga M. Gimbutas<sup>4</sup>. Postula que la patria originaria estuvo ubicada en las estepas del Sur de Rusia y Ucrania y que desde allí se habrían extendido los indoeuropeos entre los milenios V-III, en época tardo-neolítica. Fue la teoría preferida por no pocos indoeuropeístas en los años '70, '80 y primeros '90 del siglo XX.

---

<sup>4</sup>GIMBUTAS [1970: 155-198], [1973:1-20], [1973: 163-214], [1977: 277-338] y [1979: 113-117].

2. La *Teoría Neolítica* fue lanzada por C. Renfrew, conocido arqueólogo de Cambridge, a final de los '80<sup>5</sup>. Desde entonces ha recibido de un amplio asentimiento entre los de su profesión, pero ha gozado de poco crédito entre los indoeuropeístas. Aunque Renfrew ha modificado en sucesivas versiones sus ideas iniciales, lo esencial de su tesis permanece desde el principio: La patria originaria habría sido Anatolia, cuna de la agricultura, que habría sido extendida al Este y al Oeste junto con la lengua indoeuropea que los agricultores habrían supuestamente hablado.
3. Finalmente, desde los años '90 se va abriendo camino la que se ha dado en llamar *Teoría de la Continuidad*, inicialmente propuesta por el arqueólogo M. Otte<sup>6</sup> y el lingüista M. Alinei<sup>7</sup>. Su idea central es que las poblaciones humanas se han mantenido en sus emplazamientos geográficos de manera estable desde el primer poblamiento del *homo sapiens* y por lo tanto la indoeuropeidad de Europa y Asia Suroccidental debe ser adscrita al Paleolítico.

REVISTA DE LA SOCIEDAD DE ESTUDIOS DE LENGUA Y LITERATURA

Cada una de esas teorías es defendida con argumentos más o menos consistentes, más o menos ingeniosos, más o menos ilusorios. Pero en definitiva cada una de ellas no pasa de ser una nueva conjetura porque la única prueba concluyente sería disponer de un texto escrito en la lengua que hablaban los cazadores-recolectores del Mesolítico, los agricultores neolíticos y así sucesivamente. Desgraciadamente eso no lo tenemos ni lo vamos a tener nunca porque el Mesolítico, el Neolítico, el Tardo-Neolítico de los kurganes o el Calcolítico en la Europa centro-nórdica fueron etapas ágrafas, previas a la invención o adquisición de la escritura.

¿Estamos condenados, en consecuencia, a seguir insistiendo con meras conjeturas o existe alguna vía de investigación por la que podamos

---

<sup>5</sup> RENFREW [1987], [1992: 11-68], [1992: 445-478], [1996: 70-92], [1998: 171-192], [1999: 185-203], [2000: 7-34], [2001: 116-137] y [2002: 3-16].

<sup>6</sup> OTTE [1998: 401-405] y [2000: 41-44].

<sup>7</sup> ALINEI [1996/2000] y [2000: 21-25].

dar algunos pasos, aunque sean cortos y vacilantes, hacia respuestas apoyadas en datos comprobables?

Desde luego, la historia que nos relatan las lenguas de Europa y Asia Suroccidental, tanto las actuales como las que han sido habladas en su suelo desde que existe testimonio escrito, no alcanza una cronología profunda. En nuestro continente las lenguas han sido substituidas una y otra vez en los sucesivos episodios de élites dominantes que de hecho han tenido lugar en Europa desde la Edad de los Metales. Y nada nos garantiza, pues, en principio que las lenguas históricas nos relaten el devenir poblacional de nuestro continente más allá de ese horizonte cronológico.

Por el contrario, la composición y estructura geográfica del *pool* genético actual de Europa y Asia Suroccidental remontan en gran medida al Mesolítico y, con una aportación nueva de entre el 15% y el 20% en el Neolítico, han permanecido substancialmente inalteradas desde entonces. En consecuencia no sería atinado buscar una correlación histórica entre los genes y las lenguas de la Europa actual, como hacen con notable ingenuidad algunos investigadores.

Pero hay un elemento lingüístico que, al igual que los genes, tiene la capacidad de perdurar a través de sucesivos episodios de cambios de lengua causados por la irrupción de élites dominantes. Nos referimos a los hidrónimos y topónimos, cuyo comportamiento tiene en muchos aspectos analogías con el de los genes.

Efectivamente, no tenemos testimonio de las lenguas que se hablaron durante la Prehistoria. Sus palabras nunca se escribieron y el viento se las llevó. Ocurre lo mismo con los seres vivos extintos cuyas imágenes se diluyeron igualmente para siempre. Pero los animales que poblaron los paisajes de la Prehistoria, aunque hoy extintos, se las han arreglado para llegar hasta nosotros, ya que no con la plenitud de la información que nos proporcionaría el recuperarlos como los seres vivos que una vez fueron, sí, al menos, fosilizados. Y no sólo los que tenían esqueleto o estructuras duras: También se fosilizaron a veces organismos muy blandos. ¿Podría fosilizarse de algún modo el tejido etéreo del lenguaje

humano? ¿Hay algún recurso que nos permita conocer, ya que no las lenguas prehistóricas en su plenitud, sí al menos algunas de sus palabras y sintagmas fósiles?

Pues sí, hay un ámbito lingüístico en el que es posible (y de hecho frecuente) que verdaderos procesos de fosilización hayan conseguido perpetuar palabras y sintagmas completos de las lenguas de la Prehistoria. De esa manera han llegado a nuestras manos, vivos y en pleno uso, pequeños fragmentos reales (no reconstruidos) de aquellas lenguas, que se han utilizado desde su creación sin ninguna solución de continuidad hasta nuestros días. Me refiero a los hidrónimos y topónimos creados por las poblaciones prehistóricas, la perdurabilidad de cuyos referentes ha hecho de ellos verdaderos supervivientes lingüísticos que han llegado hasta nosotros vivos y *casi* intactos.

Digo *casi* intactos porque les sucede lo mismo que a los animales y plantas fosilizados. Los hidrónimos y topónimos llegan a nuestras manos con adherencias de elementos que no pertenecieron a la palabra en su forma prehistórica, sino que se han incrustado en su estructura a partir del medio que los ha conservado hasta el presente. En el caso de animales y plantas suelen ser elementos minerales del suelo en el que fosilizaron. En el caso de los topónimos, son rasgos fonéticos o elementos morfológicos procedentes de las lenguas locales intermediarias que los han mantenido en uso como palabras vivas a lo largo de los siglos.

Las sucesivas lenguas que han dejado su impronta en un topónimo o sintagma toponímico constituyen una verdadera colección de estratos cuya secuencia concreta no se substancia al azar sino que responde a causas analizables por el lingüista. De ese modo, la toponimia de un determinado lugar puede ser utilizada como un verdadero yacimiento stratigráfico que nos brinda la oportunidad de conocer una o varias de las lenguas que se han sucedido allí desde la Prehistoria hasta nuestros días.

Como venimos viendo, no es posible correlacionar los genes europeos actuales con las lenguas habladas en su suelo desde el principio de la

historia; hay que correlacionar esos genes con conjuntos hidrotponímicos prehistóricos. Es seguro que ese camino, plagado de dificultades y limitaciones, no dará respuesta por sí sólo a todos los interrogantes ni podrá iluminar todas las obscuridades. Pero, sin duda, en Europa y Asia Suroccidental la correlación entre conjuntos hidrotponímicos y los genes actuales ha de ser por fuerza superior a la de dichos genes con lenguas históricas; y como los genes están ahí desde el Mesolítico y el Neolítico, su eventual correlación con la hidro-toponimia prehistórica nos proporcionará cuando menos indicios de mayor calidad sobre la identidad étnica de las poblaciones involucradas.

Aparte de la similitud en el hecho común de haber perdurado a través de los varios episodios de élites dominantes acaecidas desde la Edad de los Metales, los estratos profundos genético e hidro-toponímico existentes en Europa coinciden en un rasgo esencial: Son bastante homogéneos en todo el continente. Pero difieren en un punto: Mientras que los sucesivos episodios de élites dominantes han dejado escasa huella en nuestro *pool* genético, las lenguas de esas élites la han ido dejando bien visible en la toponimia. Y esas huellas toponímicas han perdurado cuando las lenguas que las crearon fueron a su vez eliminadas en nuevos episodios de substitución: la dominación musulmana de Andalucía durante 800 años dejó escasos genes norteafricanos, mientras que la toponimia árabe sigue siendo abundante quinientos años después de la desaparición del árabe como lengua hablada allí.

M. Alinei acuñó el término *autodatación léxica* para el vocabulario apelativo<sup>8</sup>, recurso metodológico que el autor describe mediante el siguiente principio: “la lessicalizzazione dei referenti databili tende ad avere la stessa data dei referenti stessi”. Se basa este principio en los mecanismos naturales con que las lenguas crean nuevas palabras como respuesta a la necesidad de nombrar objetos o actividades nuevas. Veamos un ejemplo: Cuando se introdujo el fútbol en nuestra cultura la lengua española se vio obligada a improvisar una multitud de términos nuevos para designar actividades, situaciones y personajes propios de ese

---

<sup>8</sup> ALINEI [1996: 232-239].

deporte, comenzando por su nombre mismo. La actual palabra española para designarlo es “fútbol”. Como sabemos que su conocimiento y uso se introdujo en la sociedad española a finales del s. XIX, podemos deducir que el apelativo “fútbol” se introdujo como innovación en el léxico español entre finales del s. XIX y principios del XX.

En el ejemplo que acabo de citar la solución adoptada por la lengua española fue la de incorporar a su léxico la palabra inglesa (*football*). Pero no siempre el camino elegido es el mismo. Sin salir de nuestro ejemplo, una alternativa habría sido traducir el término inglés como “balompié”, posibilidad que durante un tiempo gozó de cierto uso y aún hoy día reaparece ocasionalmente. La introducción del fútbol a finales del s. XIX sirve para datar la creación del término “balompié” al menos como *terminus post quem*.

En cualquiera de esas dos alternativas la autodatación parece funcionar sin problemas. Pero las cosas son menos claras cuando la lengua recurre a un término preexistente que se usaba para una acción o un objeto genérico, o de una variedad antigua. Por ejemplo, el español utiliza “conducir” (España) y “manejar” (distintos países de la América hispanohablante) para la acción de pilotar un vehículo terrestre a motor. El italiano utilizó *calcio* para designar el nuevo deporte del *football* inglés echando mano de una palabra preexistente en la lengua que servía para designar un deporte de pelota muy diferente, como es el *calcio fiorentino*. En casos como esos la cronología de la nueva actividad u objeto no sirve para determinar la cronología de la palabra, que ya preexistía. Todo lo más puede servir para establecer cuándo se convierte en expresión del nuevo objeto o actividad. Pero en tales casos la autodatación apenas es otra cosa que una tautología trivial.

Mientras autodatamos palabras que designan objetos o actividades introducidas en época histórica por lenguas conocidas, la datación cuenta con la ventaja de que podemos distinguir entre las dos modalidades descritas: creación de término nuevo / especialización semántica de un término pre-existente. Pero cuando intentemos autodatar un término de



una lengua prehistórica con frecuencia será difícil establecer qué clase de innovación tuvo lugar.

Otro punto débil del método de autodatación, que afecta por igual a ambas modalidades innovadoras, es el hecho de que el léxico se renueva con el paso del tiempo. El propio M. Alinei, sabedor de esa dificultad que como mínimo resta certidumbre a cualquier autodatación léxica<sup>9</sup>, propuso como criterio orientativo la *sequenza motivazionale*<sup>10</sup>, lo que resulta demasiado abstracto y, en la práctica, de discutible aplicación en un alto número de situaciones.

Con las palabras que preceden no pretendo descalificar el método de la autodatación léxica propuesto por M. Alinei. Por el contrario, voy a adaptarlo y usarlo a continuación con los nombres geográficos. Me limito a señalar sus limitaciones, conocidas por el propio autor. Limitaciones en la certidumbre de los resultados que, por lo demás, no son una debilidad exclusiva de la autodatación, sino una compartida por la práctica totalidad de las reglas y principios de que dispone el Método Histórico-Comparativo.

A continuación quiero señalar que hay una zona del léxico en el que las renovaciones son raras, aunque no inexistentes, y por ende resulta ser un territorio algo más fiable para la autodatación. Me refiero a los nombres propios geográficos que normalmente llamamos hidrónimos, topónimos y orónimos. Y ahora estoy hablando de datación en términos de cronologías absolutas. De cronologías relativas unos párrafos más abajo.

¿Cómo puede proceder la autodatación toponímica? Cada topónimo es una creación desde luego lingüística, pero también cultural, ocurrida en un tiempo y unas condiciones socio-económicas determinadas. El contexto socio-cultural en que se produce condiciona su surgimiento y deja a veces huella en su substancia lingüística, especialmente en su semántica, huella que en condiciones favorables puede ser detectada e interpretada por un lingüista; de esa manera a veces disponemos de

---

<sup>9</sup> “L’auto datazione lessicale ha un’importante limitazione che la condiziona: i nomi originari dei referente dastabili possono cambiare, e spesso cambiano, successivamente alla lessicalizzazione originaria” [ALINEI 1996: 236].

<sup>10</sup> ALINEI [1996: 239].

información sobre las circunstancias culturales y económicas que hubieron de darse para la generación de una modalidad toponímica concreta. Veamos algunos ejemplos obvios:

- Toponimia celta *-dunum*. Dada la abundancia de estos topónimos, bastaría conocer la etimología del componente serial *-dunum* 'monte, elevación, altura' para saber que no pueden tener ascendencia paleolítica, ni mesolítica, ni neolítica. Por el contrario deben situarse en una etapa en que se buscan *usualmente* lugares elevados para los asentamientos de las poblaciones humanas. La Arqueología nos remitiría en esta ocasión a la Edad de los Metales o, como muy pronto, al Tardo-Neolítico.
- Toponimia celta con el sufijo *-acum* añadido a antropónimos, como en *Aunedonnacum*, *Barisiacum*, *Baugiacum*, *Roeteiacum*. Una serie toponímica formada por antropónimos seguidos de un sufijo posesivo revelan unas características socio-económicas muy concretas: existencia de clases sociales, presencia de una clase dominante privilegiada, sociedad jerarquizada, propiedad privada, patriarcado (si los antropónimos son en general masculinos), etc. Aunque no supiéramos su filiación celta (especialmente gala) podríamos descartar el Paleolítico, el Mesolítico y el Neolítico, y situar su creación a partir de la Edad del Bronce.
- Hagio-toponimia cristiana. Topónimos como *Sieteiglesias*, *Valdeiglesias*, *Parroquia*, *Parrocha*, *Bisbal*, *Calonje*, *Las Cataratas de Santa María*, *San Carlos de Bariloche*, *El Salvador*, etc. no sólo datarían el origen de esos topónimos en una fecha posterior al cambio de era, sino que nos hablarían de una sociedad con el cristianismo profundamente arraigado, en la que la religiosidad rebasa la esfera de la conciencia personal y tiene una relevante trascendencia e influencia socio-económica de carácter público.
- Toponimia de Reconquista: *Espejo* (Córdoba, Sevilla, Álava), *Espeja* (Salamanca, Soria), *Los Espejos* (León), *Espiel* (Córdoba), *Espiella* (Huesca); *Miralles* (Barcelona), *Miralhos* (Viana), *Mirallo*

(Oviedo), *Mirallos* (Coruña, Lugo, Orense) y los numerosos *Castillo*, *Torre*, etc. La etimología de todos esos topónimos sitúa su creación en una fecha posterior a la romanización y en un contexto social de tensiones fronterizas, luchas y enfrentamientos bélicos.

- Toponimia peninsular de base antroponímica. Hay abundantes nombres un poco por toda la Península, pero sobre todo en Castilla, Extremadura y Andalucía, que consisten en antropónimos simples o complejos: *Blascojimeno*, *Blascomillán* (Ávila), *Iñigoblasco* (Salamanca), *Mingoblasco* (Teruel), *Nuñogómez* (Toledo), *Vilar de Nuño* (Lugo), *Peromingo* (Segovia), *Pedroabad* (Córdoba), *Pedroalonso* (Huelva), *Pedrobermudo* (Sevilla), *Torredonjimeno*, *Torreblascopeidro*, *Torreporogil* (Jaén). Obviamente denotan haber sido creados en una etapa en que existen clases sociales fuertemente establecidas, liderazgos de una nobleza terrateniente, etc. Aunque no tuviéramos ninguna otra información, ni lingüística ni histórica, esas características semánticas de los topónimos mismos restringirían el establecimiento de su cronología hasta fechas lo suficientemente tardías como para que pudieran haberse dado esas circunstancias sociales, lo que excluiría como mínimo el Paleolítico, el Mesolítico y el Neolítico.

Una vez que un conjunto toponímico nos ha puesto en la pista de algunas de las características socio-económicas o culturales que hubieron de darse para la proliferación de su concreta modalidad semántica, hemos de recurrir a la Historia, la Prehistoria o la Arqueología para determinar los momentos o las culturas compatibles con esas características. Eso nos permitirá una aproximación a las cronologías absolutas razonablemente fundada, aunque en ocasiones las culturas compatibles podrían corresponder a más de una cronología.

Vemos, pues, cómo con la ayuda de otras ciencias (Historia y Prehistoria) y mediante el método de la autodatación, es posible *a veces* establecer una cronología absoluta, al menos aproximativa, de ciertos apelativos y topónimos. Excepto esa limitada posibilidad, es bien sabido

que la Lingüística Histórico-Comparativa carece de recursos para establecer por sí sola las cronologías absolutas de los hechos lingüísticos que somete a estudio. En cambio, abunda en criterios para establecer la cronología relativa de dos o más fenómenos lingüísticos relacionados. Pues bien, cuando nos enfrentamos a topónimos supervivientes de dos o más substituciones sucesivas de lenguas que han dejado en ellos su impronta, a veces contamos con criterios que nos permiten establecer una cronología relativa de los sucesivos estratos implicados. Y esos criterios no atañen solamente a los sintagmas toponímicos híbridos, sino que algunos de ellos son aplicables también a topónimos simples en los que pueden con frecuencia hallarse otras modalidades más sutiles de hibridación.

*Primer criterio:*

- Formulación: “Cuando un topónimo procede de la fosilización de un sintagma toponímico *híbrido* con estructura determinativa (= *apelativo* determinado + *topónimo* determinante), la lengua mediante la cual se explica etimológicamente el *topónimo* es más antigua en el lugar que aquella por la que se explica el *apelativo*”.
- Ejemplos: En el sintagma toponímico español “la ciudad de Córdoba” el topónimo es *Córdoba*, de origen prerromano, mientras que “ciudad” es español. En el sintagma hidronómico “el río *Guadiana*”, el apelativo “río” es castellano; y dentro del sintagma fosilizado *Guadiana*, el hidrónimo *Ana* es prerromano y el apelativo *wadi* ‘río’ es árabe; etc. Los tres estratos son sucesivamente por orden de antigüedad prerromano > árabe > castellano.

*Segundo criterio:*

- Formulación: “En un adjetivo toponímico en que el sufijo adjetival y el topónimo base pertenecen a lenguas distintas, la lengua que creó el topónimo y por cuya etimología se explica, es más antigua en el lugar que la lengua que aporta los sufijos mediante los que se produjo la derivación del adjetivo etnonímico o localicio”.

- Ejemplos: En *cordubensis* la lengua que pone el topónimo *Corduba* es prerromana, mientras que el sufijo derivacional *-ensis* es latino.

*Tercer criterio:*

- Formulación: “En un topónimo en que la desinencia casual y el topónimo mismo pertenezcan a lenguas distintas la lengua que pone la desinencia casual es más reciente en el lugar que la lengua que creó el topónimo”.
- Ejemplos: En *Cordubae*<sup>11</sup> la lengua que pone el topónimo *Corduba* es prerromana, mientras que el sufijo flexivo (desinencia *-ae* de locativo) es latino.

*Cuarto criterio:*

- Formulación: “Si un derivado toponímico híbrido contiene a la vez sufijos derivacionales y sufijos flexivos pertenecientes respectivamente a dos lenguas diferentes, la lengua por la que se explica el sufijo derivacional será más antigua en la estratigrafía del topónimo que aquella por la que se explica el sufijo flexivo”.
- Ejemplos: *Callaeciae*<sup>12</sup> tiene un sufijo derivacional (*-aiko-*) perteneciente a una lengua prerromana, mientras que su desinencia flexiva de genitivo es romana.

*Quinto criterio:*

- Formulación: “Cuando un topónimo muestra en su secuencia fónica el resultado de un cambio fonético, característico de una lengua local a la que no pertenece etimológicamente el topónimo, normalmente la lengua a la que pertenece será más antigua en el lugar que la que generó el mencionado cambio fonético característico”.
- Ejemplos: El topónimo *Liébana* (Cantabria) contiene un diptongo *ie* que es el resultado de un cambio fonético conocido en la lengua de

<sup>11</sup> “Caesar, contione habita *Cordubae*, omnibus generatim gratias agit” [CAESAR, *Bellum Civile* 2. 21. 1].

<sup>12</sup> “In uno tantum *Callaeciae* metallo, quod vocant Albucrarensis, tricesima sexta portio invenitur” [PLINIO, *Naturalis Historia* 33. 8].

la zona (castellano): “la /e/ breve tónica diptonga en *ie*”. En consecuencia *Liébana*, cuya etimología no puede ser explicada por el castellano, pertenece a una lengua más antigua en la zona que éste.

*Cautelas para la aplicación de los criterios:*

Hay que tener en cuenta que en ocasiones un apelativo (o, con un grado menor de frecuencia, una desinencia de genitivo o un sufijo adjetival) de una lengua más antigua, desaparecida por la irrupción de otra nueva en la zona puede ser adoptado por la recién llegada y sobrevivir en ella como elemento de substrato. Si la nueva lengua crea sintagmas toponímicos determinante-determinado utilizando ese apelativo como determinado (o esos sufijos y desinencias tomados en préstamo), se produciría violación de esta regla. Pero de forma sólo aparente: en realidad ese sintagma sería un *falso híbrido* porque los dos miembros del compuesto habrían sido puestos por la misma lengua. Tales casos no siempre resultarán fáciles de detectar y en consecuencia pueden inducir a error. Pero en ocasiones favorables podemos identificarlos como tales si el término prestado contiene rasgos fonéticos, morfológicos o semánticos que permitan establecer su fuente patrimonial.

La(s) lengua(s) que pone(n) los morfemas flexivos puede(n) ser la(s) que haya(n) penetrado en último lugar en el territorio en el que se asienta el topónimo, y en muchas ocasiones lo son; pero también puede ponerlos una lengua que jamás se haya incorporado a ese territorio; para ello basta con que el nombre de la ciudad o del accidente geográfico haya sido aceptado (en virtud de vecindad, relaciones comerciales, etc.) por una lengua foránea para que ésta le aplique sus morfemas flexivos.

Es posible que entre dos estratos consecutivos se den hibridaciones contra-cronológicas, en el caso de que durante algún tiempo se mantengan simultáneamente vivas la lengua antigua (antes de ser eliminada) y la lengua nueva (antes de imponerse definitivamente). Por

ejemplo en *Iuliobriga*, *Augustobriga* y *Graccuris*, es el estrato más antiguo del híbrido el que pone el apelativo (-*briga* y -*ur* respectivamente). La lengua que puso el apelativo *ur* ‘ciudad’ nos es por el momento desconocida; pero la mera existencia del híbrido *Graccuris* nos informa de que en la Hispania antigua hubo al menos una lengua más de las normalmente inventariadas, que tenía *ur* como apelativo para ‘ciudad’. Pero las hibridaciones contra-cronológicas han de ser mucho menos frecuentes o incluso inexistentes entre estratos no consecutivos que no han disfrutado de un período de convivencia. En cambio en hibridaciones acordes a la cronología relativa natural se pueden dar saltos de varios estratos no consecutivos, cuando el apelativo de la lengua 1ª pasó al caudal léxico de la lengua 2ª y con él se produjeron hibridaciones con la lengua 3ª. Por ejemplo, lo normal sería *Ubur*a (*ub-* estrato 1 + *ur-* estrato 2), pero sería posible *Uruba* (por ser 1 y 2 estratos consecutivos). Pero no serían posibles compuestos a partir de estratos no consecutivos en orden contra-cronológico, como *Guadalquivir-uba*, *Rubricat-ura*, *Singiluba*, *Singilura*, etc. Por supuesto siempre serán posibles compuestos del tipo *Ubili* (cf. *Vol-ubili*), porque *ub-* e *il-* pertenecen a estratos no consecutivos pero ofrecen los componentes en el orden esperado según la cronología relativa natural.

La aplicación de los cinco criterios, modulados por las diferentes cautelas enumeradas, permite utilizar los topónimos como un instrumento para determinar la estratigrafía de las poblaciones que se han ido estableciendo en un lugar determinado. Salvo casos en que sea de aplicación alguna de las cautelas, la lengua más antigua será siempre la que pone el topónimo simple propiamente dicho; le sigue la que pone el apelativo y/o el sufijo derivacional; la más reciente en entrar en contacto con el topónimo de entre las que intervienen en la remodelación de la forma final es la que pone el sufijo flexional.

Partiendo de una amplísima base de datos, varios estudios efectuados por mí, en ocasiones con la ayuda de algunos de mis colaboradores<sup>13</sup>, han arrojado ya resultados sobre la indoeuropeidad de Europa y la identidad

---

<sup>13</sup> VILLAR *et alii* [2014].

etno-lingüística de sus habitantes prehistóricos. Por vez primera podemos hacer ciertas afirmaciones basadas en datos sobre esas difíciles cuestiones. No pretendo que el tema esté por ello cerrado. Ni siquiera me atrevería a asegurar que los resultados obtenidos sean incontrovertibles. Tan sólo digo que, verdaderos o falsos, no responden a preferencias del investigador ni están condicionados por sus convicciones previas en ese u otros asuntos relacionados, sino que están deducidos exclusivamente a partir de los datos toponímicos mismos.

Los estratos hidro-toponímicos más profundos que me ha sido posible identificar en Europa son de carácter *indoeuropeo*, si bien en variedades mucho más arcaicas que las lenguas históricas, variedades que yo he llamado *arqueo-indoeuropeas* en publicaciones anteriores. Son *al menos* dos estratos sucesivos, aunque no muy alejados cronológicamente entre sí. El primero y más antiguo se implantó con las lenguas que hablaban los repobladores de Europa que partieron de los diversos refugios tras el Dryas Reciente. El segundo penetró con el Neolítico, sobre todo desde Anatolia.

Sobre esos dos estratos arqueo-indoeuropeos se superponen varios superestratos toponímicos, tanto indoeuropeos (celta, itálico, germánico, etc.) como no indoeuropeos (euskera, ibérico)<sup>14</sup>. En ningún lugar del que tengamos suficientes datos toponímicos antiguos sucede a la inversa, es decir: Que el estrato más profundo sea no-indoeuropeo y lo arqueo-indoeuropeo se asiente sobre él.

En consecuencia el fondo toponímico común de Europa nos exige suponer una *arqueo-indoeuropeidad* cuando menos mesolítica y neolítica de la mayor parte del continente (excluimos con ello Finlandia y Estonia, que constituyen la frontera con el mundo fino-urálico). Pero si los repobladores mesolíticos que salieron de los refugios hablaban lenguas *arqueo-indoeuropeas* es inevitable la conclusión de que en ellos se hablaron lenguas *arqueo-indoeuropeas* durante el Dryas Reciente. Y a su vez, si en los refugios quedaron confinados y aislados hablantes de

---

<sup>14</sup> En realidad apenas hay toponimia etrusca ni euskérica antigua, como he mostrado en trabajos anteriores [VILLAR: 2005, VILLAR *et alii*: 2011].



lenguas arqueo-indoeuropeas es porque estaban en el continente cuando se produjo el Último Máximo Glaciar (LGM). Eso hace retroceder la arqueo-indoeuropeidad del continente hasta un horizonte gravetense.

Pero pasemos a describir la historia que nos cuenta la arqueo-hidrotoponimia de Europa y Asia Suroccidental. Su contribución consiste en completar el relato anónimo de la Arqueología y la Genética de Poblaciones mediante la identificación etno-lingüística de los protagonistas de algunos sucesos poblacionales.

El hombre moderno salió de África en donde había evolucionado desde una especie anterior que solemos llamar *homo erectus*. Para los propósitos de este trabajo es indiferente si la salida tuvo lugar por la vía norte (Egipto > Península del Sinaí > Palestina), por la vía sur (desde el cuerno de África a la Península Arábiga a través del estrecho de Bab-el-Mandel), o si hubo dos migraciones, una por cada una de esas vías. En cualquier caso hemos de partir del momento en que grupos de humanos modernos están establecidos entre Oriente Próximo y el Corredor de Asia Suroccidental con un número todavía pequeño de individuos pertenecientes al haplogrupo L3 del ADNmt. Nada sabemos de la lengua o las lenguas de esos individuos. Sólo podemos hacer especulaciones sobre si al principio hablaban una sola lengua, embrión de todas las macrofamilias lingüísticas euro-asiáticas, o si había grupos lingüísticamente diversos, de cada uno de los cuales pudiera haber partido una de las grandes macrofamilias actuales.

El siguiente paso hacia la diversificación de las poblaciones euro-asiáticas consistió en una pequeña serie de mutaciones en el ADNmt que escindió el haplogrupo fundador L3 en dos los dos macrohaplogrupos euro-asiáticos N y M. Las probabilidades están a favor de que fue entre los portadores de N donde se encontraba el germen de lo que andando el tiempo entenderemos como hablantes de lenguas *indoeuropeas*. En efecto, la inmensa mayoría de las sociedades hablantes de lenguas

indoeuropeas y casi todos los territorios indoeuropeos carecen de estirpes herederas del macrohaplogrupo M<sup>15</sup>.

Los primeros humanos modernos en ocupar Europa hace ~45.000 años hablaban lenguas de las que nada sabemos y para cuyo conocimiento nada tiene que decir la arqueo-hidro-toponimia. La ruta seguida no puede ser esclarecida con datos arqueo-lingüísticos, ni tampoco con datos genéticos, porque la desertización que se produjo más tarde durante el último máximo glacial (LGM) borró tanto las huellas hidro-toponímicas como los gradientes genéticos de aquellas poblaciones. Sólo la Arqueología tiene medios para afrontar esa cuestión.

Tampoco podemos determinar la lengua que hablaban los inmigrantes gravetenses de Europa; también nos faltan, por igual motivo, los datos hidro-toponímicos y los genéticos. En esta ocasión la Arqueología nos informa de que los inmigrantes gravetenses siguieron un camino de Noreste a Suroeste.

Sin embargo, si consideramos el conjunto de ambos sucesos demográficos (primer poblamiento e invasión gravetense) hemos de afirmar que *al menos de uno de los dos* fueron protagonistas gentes que hablaban variedades dialectales de la macrofamilia arqueo-indoeuropea. En efecto, al menos una parte de las poblaciones que hace ~22.000 fueron quedando aisladas en los refugios glaciares tuvo que hablar versiones antiguas de las lenguas que diez mil años después habrían de repoblar Europa. Y como esa repoblación fue llevada a cabo por hablantes de variedades dialectales arqueo-indoeuropeas, la conclusión inevitable es que variedades de esa macrofamilia debieron haber llegado o con los primeros pobladores, o con los invasores gravetenses, o con ambos grupos poblacionales a la vez.

Los datos positivos más antiguos de índole hidro-toponímica que podemos identificar son los nombres geográficos que crearon los repobladores de Europa tras el Dryas Reciente. Tales datos nos hablan de sucesos diversos de repoblación mesolítica que partieron de la Península

---

<sup>15</sup> Para una visión divulgativa de las cuestiones relativas al ADNmt y la cronología y distribución de sus haplogrupos en Europa puede verse SYKES [2001] y OPPENHEIMER [2006].

Ibérica, de Italia, de los Balcanes Noroccidentales y quizá también del Sur de Francia, aunque la onomástica autóctona de allí y la procedente de Italia no siempre pueden ser discriminadas con los datos disponibles.

Los conjuntos toponímicos procedentes de Iberia nos hablan de un componente poblacional potente, con características lingüísticas definidas, que alcanzó las Galias, las Islas Británicas, Germania y el Báltico. Más raramente llegaron a los Balcanes, Anatolia y las orillas occidentales del Mar Negro. Hacia el Sur y a través del estrecho de Gibraltar alcanzaron Marruecos y Argelia. No hay huellas de su presencia en Egipto y Libia.

Del refugio italiano salieron grupos de población que alcanzaron la Península Ibérica, los Balcanes, las Galias, Germania y el Báltico. También sus rasgos lingüísticos arque-indoeuropeos están bien definidos gracias a la existencia de una abundante hidro-toponimia antigua de ese origen.

Las poblaciones que partieron de los Balcanes se proyectaron por una parte hacia Italia en donde, unidas con las poblaciones autóctonas o en paralelo con ellas pudieron seguir las mismas rutas descritas en el apartado anterior. Por otra parte hay datos hidro-toponímicos que indican que pudieron alcanzar en medida moderada Grecia, Bulgaria y penetrar por el Bósforo hasta Anatolia. Pero es en dirección Norte hasta alcanzar el Báltico hacia donde las poblaciones del refugio balcánico se proyectaron de forma más nutrida y compacta.

El último de los refugios, el de Ucrania, nos resulta prácticamente inaccesible con el método hidro-toponímico por falta de datos antiguos.

En la India no existe hidro-toponimia mesolítica, lo que es congruente con el hecho de que esa zona no sufrió glaciación ni quedó despoblada ni, en consecuencia, hubo de ser repoblada durante el Mesolítico europeo. Su *stock* de hidro-toponimia arqueo-indoeuropea procede todo él de Anatolia y coincide con los conjuntos europeos de origen neolítico. Sin embargo no parece que las lenguas indoeuropeas históricas de la India procedan de ese impulso neolítico. La inexistencia allí de ADNmt minorasiático habla de un impacto menor de las poblaciones neolíticas

de origen anatolio y aboga por un suceso de élite dominante protagonizado por varones portadores del haplogrupo R1a del cromosoma Y, acaecido en la Edad de los Metales.

En Anatolia se confunden los conceptos de hidro-toponimia mesolítica y neolítica. En efecto, en el Neolítico la corriente humana principal fue desde Anatolia hacia Europa por un lado y desde Anatolia hacia el corredor Suroccidental, Pakistán y la India por otro. En esa etapa no hubo una corriente de poblamiento importante desde fuera hacia Asia Menor, de manera que al iniciarse la agricultura se fueron extendiendo desde Anatolia las poblaciones que habían estado allí asentadas durante el Mesolítico. Es posible que durante el Dryas Reciente la Península Anatolia hubiera visto muy reducida su población, porque las condiciones climáticas fueron allí muy duras durante ese período<sup>16</sup>, de manera que su territorio pudo ser repoblado, al menos en parte, desde el Este (Mesopotamia), el Levante, los Balcanes Noroccidentales, el refugio ucraniano y en mucha menor medida desde los refugios más occidentales. De hecho he detectado en Anatolia algunas huellas toponímicas procedentes de los refugios europeos. Pero la potente irradiación poblacional e hidro-toponímica desde Anatolia durante el Neolítico enmascara en gran medida el flujo de población que pudiera haber irrumpido en Anatolia tras el Dryas Reciente.

La proporción de la hidro-toponimia mesolítica / neolítica es en su conjunto del 35% / 65%, muy alejada de la proporción de los haplogrupos de uno y otro período existente en Europa (80% / 20%), según los cálculos de la que sigue siendo la principal corriente de opinión<sup>17</sup>. Principal, pero no única línea de pensamiento, porque la opinión inversa -el mayor peso de la población neolítica- ha continuado siempre siendo defendido por un sector minoritario que en los últimos

---

<sup>16</sup> HUNTLEY & BIRKS [1983], STARKEL [1991: 234-242], LANDMANN *et alii* [1996: 797-808], ROSSIGNOL-STRICK [1995: 893-915] y VELICHKO [1993].

<sup>17</sup> ROOTSI *et alii* [2000: 148-164], ROOTSI *et alii* [2004: 128-137], ROSSER *et alii* [2000: 1526-1543], ZERJAL *et alii* [2001: 1077-1087], SEMINO *et alii* [2000: 1155-1159], BOSCH *et alii* [2001: 1019-1029], SCOZZARI *et alii* [2001: 871-884], PASSARINO *et alii* [2002: 521-529], CRUCIANI *et alii* [2002: 1197-1214], CRUCIANI *et alii* [2007: 1300-1311] y FRANCALACCI *et alii* [2003: 270-279].

tiempos ha recibido algunos apoyos a partir de trabajos basados en análisis genéticos de gran resolución<sup>18</sup>.

El 65% de los hidro-topónimos de ascendencia neolítica en el conjunto de Europa y Asia Suroccidental nos habla de un fuerte impacto de las lenguas de los agricultores, lo que no quiere decir que todos los dialectos indoeuropeos históricos procedan de arqueo-variedades neolíticas y menos aún de una única arqueo-variedad neolítica. Por otra parte, esos porcentajes son promedios de todo el territorio involucrado, dentro del cual hay grandes diferencias entre zonas. En Europa Occidental las proporciones son mucho más equilibradas, y en algunas zonas los porcentajes mesolíticos son mayores que los neolíticos: en Italia la proporción es de 47% / 53%; en Iberia de 44% / 56%; en las Galias del 57% / 43%; en Germania del 49% / 51%; en el Báltico del 59% / 41%.

Grecia ocupa una posición un tanto especial en lo que se refiere a su acervo hidro-toponímico. Desde luego hay allí muchas de nuestras series neolíticas de origen anatolio. Pero su abundancia y variedad dista de las de otros países cercanos a Anatolia, como Oriente Próximo o la región caucásica. La impronta hidro-toponímica del Neolítico anatolio es en Grecia inferior al de esos otros lugares de manera que su onomástica tiene en conjunto una personalidad diferencial. Acaso refleja en alguna medida la relativa independencia del Neolítico griego respecto al Neolítico anatolio.

Llegados a este punto se hace necesario abordar el gran problema de la relación entre las arqueo-variedades indoeuropeas mesolíticas y neolíticas por una parte y las lenguas indoeuropeas históricas por otra.

Como acabamos de ver, las arqueo-variedades de la macrofamilia indoeuropea han estado presentes en Europa, al menos desde el Gravetense, y su extensión por el conjunto del continente se produjo con la recolonización de Europa tras el Dryas Reciente. En el Neolítico irrumpieron arqueo-variedades nuevas, procedentes sobre todo de

---

<sup>18</sup> BALARESQUE *et alii* [2010: 1-9].

Anatolia, que se fueron extendiendo por Europa y otros lugares a medida que avanzaba la adopción de la economía agrícola. No hay que concebir esas arqueo-variedades anatólicas y próximo-orientales como representantes de un estadio cronolingüístico diferente de las autóctonas de la Europa mesolítica que se encontraban en su avance. Por decirlo de una manera intuitiva, las arqueo-variedades indoeuropeas que se extendieron durante el Neolítico no eran sino las arqueo-variedades mesolíticas de Anatolia y Oriente Próximo cuyo avance se debió a la superioridad socio-económica que el dominio de la agricultura otorgaba a sus hablantes.


Es verosímil que las arqueo-variedades de aquella etapa permitieran a sus hablantes, si no una mutua comprensión completa y cabal, sí al menos un intercambio verbal elemental, al que acaso seguiría con el tiempo una cierta dosis de bilingüismo, que abriría las puertas a préstamos en ambas direcciones, facilitados por el hecho de contar ambos tipos de variedades con una fuerte comunidad estructural, iguales raíces, similar léxico y muy parecidos sistemas gramaticales.

En tales circunstancias, en la medida en que el tiempo fue avanzando, se generó un verdadero *continuum lingüístico* que abarcaría Europa, Anatolia, el Próximo Oriente y la zona *circum-pónica*, y que estaría ya sensiblemente dialectalizado desde el inicio debido a sus heterogéneos orígenes. En un continuo de esas dimensiones se producen dos tipos de procesos, uno tendente a la convergencia de las variantes dialectales (predominante entre las variedades vecinas en pequeñas zonas) y otro tendente al incremento de su divergencia (predominante en las grandes distancias).

Una consecuencia importante del modo en que se generó ese *continuum* es la forma en que hubo de crearse y desarrollarse el vocabulario agrícola. Por supuesto, los agricultores que avanzaban colonizando tierras es seguro que tenían en sus lenguas un vocabulario agrícola suficiente para manejar la nueva economía, mientras que las lenguas de los nativos mesolíticos carecían de él. Pero como los recién llegados no exterminaron las poblaciones autóctonas, ni erradicaron del

todo sus lenguas, las nuevas sociedades agricultoras que fueron surgiendo a partir de los cazadores mesolíticos fueron creando su propio vocabulario agrícola de forma independiente de unas regiones a otras y de unos arqueo-dialectos a otros. En esa creación algunos términos serían tomados en préstamo de las lenguas de los agricultores mientras que otros serían adaptados a partir de su propio vocabulario, que sin duda incluiría variedades locales de cereal salvaje, instrumentos propios de otros menesteres que más o menos modificados se dedicaban ahora a las labores agrícolas, etc. Por eso el vocabulario agrícola nunca fue común y, en consecuencia, no podemos reconstruirlo.

Podemos preguntarnos, aunque acaso sea simplificar en exceso los procesos acaecidos, si en esas circunstancias se impusieron en el conjunto del territorio las lenguas llegadas con el Neolítico o las mesolíticas autóctonas. Al menos en teoría caben tres respuestas:

- 
1. Predominaron *siempre* las lenguas de los agricultores neolíticos.
  2. Predominaron *siempre* las lenguas autóctonas del Mesolítico.
  3. Ambos estratos pudieron predominar *alternativamente*, según las circunstancias poblacionales en que se hubiera producido la neolitización en cada lugar.

Con los precarios conocimientos que tenemos de aquellas arqueo-variedades no es posible desde luego dar una respuesta firme, aunque la tercera de esas posibilidades se ofrece como la más atractiva, alejada de visiones ingenuas y soluciones simplistas. Aun así, quizá estamos simplificando las cosas al hablar de lenguas que *integralmente* se imponen o *integralmente* desaparecen. Acaso sería más ajustado modificar ese planteamiento en estos otros términos: Qué componentes lingüísticos (léxicos, fonéticos, morfológicos, sintácticos) predominaron en la cristalización de ese *continuum*, los correspondientes a las lenguas que llegaban de Anatolia y Próximo Oriente o los que caracterizaban a las arqueo-variedades mesolíticas autóctonas. Porque sin duda la proximidad lingüística entre las arqueo-variedades facilitaba el

intercambio de elementos en ambas direcciones generando modalidades de compromiso con mezcla de ambos orígenes. Pero, claro está, eso no es todavía un argumento consistente, ni tenemos en realidad ningún otro, aunque sí ciertos indicios.

Comparando las características lingüísticas de los dialectos históricos hablados en cada zona con las de las arque-variedades mesolíticas autóctonas del Norte y Noroeste de Europa, tenemos la impresión de que allí donde se asientan históricamente las lenguas germánicas y las bálticas predominaron los componentes mesolíticos. En las lenguas itálicas parecen haber predominado los componentes neolíticos, aunque con una permanencia importante de rasgos sobre todo léxicos de las arque-variedades mesolíticas autóctonas. En la Península Ibérica prerromana, prescindiendo de las lenguas célticas, hay zonas en que ha predominado lo uno y otras en que ha predominado lo otro. El lusitano, cercano al itálico, parece de predominio neolítico. En cambio en Galicia y la cornisa cantábrica debió predominar lo mesolítico.

En diversos lugares circunvecinos del mundo indoeuropeo las arque-variedades indoeuropeas llegadas en el Neolítico se encontraron con poblaciones en todo o en parte no indoeuropeas que las absorbieron y terminaron desapareciendo. Tal debió suceder al menos en el Norte de África y la Península Arábiga.

A continuación debemos hacernos una triple pregunta:

1. Tras el proceso que acabamos de describir, acaecido durante la neolitización, ¿se generó en algún punto de ese *continuum lingüístico* arque-indoeuropeo a partir de algún dialecto local, una lengua con las características específicas que los indoeuropeístas vienen atribuyendo desde hace más de cien años al *indoeuropeo común* (en el sentido clásico del término)?
2. ¿Se extendió esa lengua por toda Europa y Asia Suroccidental durante la Edad de los Metales mediante la conquista y el subsiguiente cuadro de élites dominantes?



3. ¿Serían eliminadas las restantes arqueo-variedades al modo que describían las teorías invasionistas clásicas con la llegada de “los indoeuropeos” en la Edad de los Metales?

El método toponímico que he ido desarrollando en mis trabajos a lo largo de los últimos veinte años no tiene recursos para responder a esas preguntas para las que, de nuevo, sólo nos queda recurso a las conjeturas mejor o peor fundadas. Sin embargo, el resultado de mi investigación modifica substancialmente el escenario etno-lingüístico de la Europa prehistórica que propone el paradigma vigente. Europa y Asia Suroccidental en su conjunto no es un escenario ajeno en el que irrumpen tardíamente los pueblos hablantes de dialectos de la familia indoeuropea. Por el contrario, es su sede ancestral al menos desde el Gravetense. Y a su vez, los islotes no indoeuropeos que existen o existieron en ese inmenso territorio no son los restos de los primitivos habitantes que fueron desalojados y conquistados por los indoeuropeos. Son grupos de población que entraron a la vez o posteriormente a los indoeuropeos y que no tuvieron tanto éxito expansivo. Algunos de ellos son también de una gran antigüedad en Europa, como ocurre en la Península Ibérica con la familia del ibérico, a la que pertenece verosímelmente el euskera, probablemente establecida en Europa Suroccidental en algún momento entre el Tardo-Neolítico y la Edad de los Metales<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> Los temas referentes al ibero, el euskera y diversas otras poblaciones prerromanas han sido recientemente abordados por mí en VILLAR [2014].

## BIBLIOGRAFÍA

- ALINEI, M., *Origini delle lingue d'Europa I-II*, Bologna: Il Mulino, 1996/2000.
- ALINEI, M., "An Alternative Model for the Origins of European Peoples and Languages: the Continuity Theory", *Quaderni di semantica*, 21 (2000), pp. 21-25.
- BALARESQUE, P. *et alii*, "A Predominantly Neolithic Origin for European Paternal Lineages", *PLOS Biology*, 8 (2010), pp. 1- 9.
- BOSCH, E. *et alii*, "High-Resolution Analysis of Human Y-Chromosome Variation shows a Sharp Discontinuity and limited Gene Flow between Northwestern Africa and the Iberian Peninsula", *American Journal of Human Genetics*, 68 (2001), pp. 1019–1029.
- CRUCIANI, P. *et alii*, "A Back Migration from Asia to Sub-Saharan Africa is supported by High-Resolution Analysis of Human Y-Chromosome Haplotypes", *American Journal of Human Genetics*, 70 (2002), pp. 1197-1214.
- CRUCIANI, P. *et alii*, "Tracing Past Human Male Movements in Northern-Eastern Africa and Western Eurasia: New Clues from Y-Chromosomal Haplogroups E-M78 and J-M12", *Molecular Biology and Evolution*, 24 (2007), pp. 1300-1311.
- FRANCALACCI *et alii*, "Peopling of Three Mediterranean Islands (Corsica, Sardinia, and Sicily) inferred by Y-Chromosome Biallelic Variability", *American Journal of Physical Anthropology*, 121, (2003), pp. 270-279.
- GIMBUTAS, M., "Proto-Indo-European Culture: the Kurgan Culture during the 5th to the 3rd Millennia B. C.", *Indo-European and Indo-Europeans*, G. Cardona *et al.* [eds.], Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1970, pp. 155-198.
- GIMBUTAS, M., "Old Europe c. 7000-3500 B. C., the Earliest European Cultures before the Infiltration of the Indo-European Peoples", *Journal of Indo-European Studies*, 1 (1973), pp. 1-20.
- GIMBUTAS, M., "The Beginning of the Bronze Age in Europe and the Indo-Europeans 3500-2500 B. C.", *Journal of Indo-European Studies*, 1 (1973), pp.163-214.
- GIMBUTAS, M., "The First Wave of Eurasian Steppe Pastoralists into Copper Age Europe", *Journal of Indo-European Studies*, 5 (1977), pp. 277-338.
- GIMBUTAS, M., "The Three Waves of the Kurgan People into Old Europe", *Archives suisses d'anthropologie générale*, 43 (1979), pp. 113-117.
- HUNTLEY, B. & BIRKS, H. J. B., *An Atlas of Past and Present Pollen Maps for Europe: 0-13,000 Years ago*, Cambridge: Cambridge University Press, 1983.
- KUHN, Th. S., *La estructura de las revoluciones*, México: Fondo de Cultura Económica de España, 2005.
- LANDMANN, G. *et alii*, "Climatically induced Lake-Level Changes at Lake Van, Turkey during the Pleistocene-Holocene Transition", *Global Biogeochemical Cycles*, 10 (1996), pp. 797-808.
- OPPENHEIMER, S., *Los senderos del Edén: orígenes y evolución de la especie humana*, Barcelona: Editorial Crítica, 2006.
- OTTE, M., "Prehistory of the Europeans: a Comment on Cavalli-Sforza", *Journal of Anthropological Research*, 54 (1998), pp. 401-405.
- OTTE, M., "The History of European Populations as seen by Archaeology", *Archaeogenetics: DNA and the Population Prehistory of Europe*, C. Renfrew & K. Boyle [eds.], Cambridge: Cambridge University Press, 2000, pp. 41-44.
- PASSARINO, G. *et alii*, "Different Genetic Components in the Norwegian Population revealed by the Analysis of MtDNA and Y Chromosome Polymorphisms", *European Journal of Human Genetics*, 10 (2002), pp. 521-529.
- RENFREW, C., *Archeology and Language: the Puzzle of Indo-European Origins*, London: Pimlico, 1987.
- RENFREW, C., "World Languages and Human Dispersal: a Minimalist View", *Transition to Modernity: Essays on Power, Wealth and Belief*, J. M. Hall & I. C. Jarvie [eds.], Cambridge: Cambridge University Press, 1992, pp. 11-68.
- RENFREW, C., "Archaeology, Genetics and Linguistic Diversity", *Man*, 27 (1992), pp. 445-478.
- RENFREW, C., "Language Families and the Spread of Farming", *The Origins and Spread of Agriculture and Pastoralism in Eurasia*, D. R. Harris [ed.], London: UCL Press, 1996, pp. 70-92.
- RENFREW, C., "The Origin of World Linguistic Diversity": an Archaeological Perspective", *The Origin and Diversification of Languages*, N. G. Jablonski & L. C. Aiello [eds.], San Francisco: California Academy of Sciences, 1998, pp. 171-192.
- RENFREW, C., "Time Depth, Convergence Theory and Innovation in Proto-Indo-European: 'Old Europe' as PIE Linguistic Area", *The Journal of Indo-European Studies*, 59 (1999), pp. 185-203.

- RENFREW, C., "At the Edge of Knowability: towards a Prehistory of Languages", *Cambridge Archaeological Journal*, 10 (2000), pp. 7-34.
- RENFREW, C., "Origeni indoeuropee: verso una sintesi" *Le radici prime dell'Europa. Gli intrecci genetici, linguistici, storici*, Milano: Bruno Mondadori, 2001, pp. 116-137.
- RENFREW, C., "The Emerging Synthesis: the Archaeogenetics of Farming/Language Dispersals and other Spread Zones", *Examining the Farming/Language Dispersal Hypothesis*, P. Bellwood & C. Renfrew [eds.], Cambridge: McDonald Institute for Archaeological Research, 2002, pp. 3-16.
- ROOTSI, S., *et alii*, "On the Phylogeographic Context of Sex-specific Genetic Markers of Finno-Ugric Populations", *The Roots of Peoples and Languages of Northern Eurasia*, A. Künnap [ed.], Tartu: Tartu University Press, 2000, 2 vols., pp. 148-164.
- ROOTSI, S., *et alii*, "Phylogeography of Y-Chromosome Haplogroup I: reveals Distinct Domains of Prehistoric Gene Flow in Europe", *American Journal of Human Genetics*, 75 (2004), pp. 128-137.
- ROSSER, Z., *et alii*, "Y-Chromosomal Diversity in Europe is Clinal and influenced Primarily by Geography rather than by Language", *American Journal of Human Genetics*, 67 (2000), pp. 1526-1543.
- ROSSIGNOL-STRICK, M., "Sea-Land Correlation of Pollen dated early upper Paleolithic Assemblage in the Records in the Eastern Mediterranean for the Glacial-Interglacial Transition: Biostratigraphy versus Radiometric Time-Scale", *Quaternary Science Reviews*, 14 (1995), pp. 893-915.
- SCOZZARI, R. *et alii*, "Human Y-Chromosome Variation in the Western Mediterranean Area: Implications for the Peopling of the Region", *Human Immunology*, 62 (2001), pp. 871-884.
- SEMINO, O. *et alii*, "The Genetic Legacy of Paleolithic *Homo sapiens* in Extant Europeans: a Y-Chromosome Perspective" *Science*, 290 (2000), pp. 1155-1159.
- STARKEL, L., "Environmental Changes at the Younger Dryas-Preboreal Transition and during the Early Holocene: Some Distinctive Aspects in Central Europe", *The Holocene*, 1 (1991), pp. 234-242.
- SYKES, B., *Las siete hijas de Eva*, Madrid: Editorial Debate, 2001.
- VELICHKO, A. A., *Evolution of Landscapes and Climates of Northern Eurasia. Late Pleistocene-Holocene Elements of Prognosis II*, Moscow: Nauka Press, 1993.
- VILLAR, F., *Indoeuropeos y no-indoeuropeos en la Hispania Prerromana*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2005.
- VILLAR, F., *Indoeuropeos, iberos, vascos y sus parientes*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2014.
- VILLAR, F. *et alii*, *Lenguas, genes y culturas en la Prehistoria de Europa y Asia Suroccidental*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2011.
- ZERJAL, T. *et alii*, "Geographical, Linguistic, and Cultural Influences on Genetic Diversity: Y-Chromosomal Distribution in Northern European Populations", *Molecular Biology and Evolution*, 18 (2001), pp. 1077-1087.